

SELECCIÓN TEXTOS NIETZSCHE

TEXTO 1

El más grande de los últimos acontecimientos -que «Dios ha muerto», que la fe en el Dios cristiano se ha hecho increíble- comienza ya a lanzar sus primeras sombras sobre Europa. Por lo menos para aquellos pocos cuyos ojos y cuya suspicacia en sus ojos es lo bastante fuerte y fina para este espectáculo, precisamente parece que algún sol se haya puesto, que una antigua y profunda confianza se ha trocado en duda. Nuestro viejo mundo tiene que parecerles a éstos cada día más vespertino, más desconfiado, más extraño y «más viejo». Pero en lo esencial puede uno decir que el acontecimiento mismo es mucho mayor, mucho más lejano y más apartado de la capacidad de muchos que cuanto su conocimiento siquiera se permitiera tener por *alcanzado*. Y no hablemos de que muchos sepan ya *lo que* propiamente ha acontecido con esto, y todo cuanto en lo sucesivo tiene que desmoronarse, una vez que esta fe se ha corrompido, porque estaba edificado sobre ella; por ejemplo, toda nuestra moral europea.

TEXTO 2

Efectivamente, nosotros, filósofos y «espíritus libres» ante la noticia de que el «viejo Dios ha muerto» nos sentimos como iluminados por una nueva aurora; nuestro corazón se inunda entonces de gratitud, de admiración, de presentimiento y de esperanza. Finalmente se nos aparece el horizonte otra vez libre, por el hecho mismo de que no está claro y por fin es lícito a nuestros barcos zarpar de nuevo, rumbo hacia cualquier peligro; de nuevo está permitida toda aventura arriesgada de quien está en camino de conocer; la mar, *nuestra* mar se nos presenta otra vez abierta, tal vez no hubo nunca aún una «mar tan abierta».

TEXTO 3

Por consiguiente, «voluntad de verdad» *no* significa «no quiero engañarme a mí mismo... », sino - pues no queda otra elección- «no quiero engañar, ni siquiera a mí mismo ... » y *con esto estamos sobre el terreno de la moral*. Pues uno se pregunta fundamentalmente a sí mismo: «¿por qué no quieres engañar?» particularmente si debiera mantener la apariencia - ¡y la mantiene! - como si se hubiese instalado la vida sobre la apariencia, mejor quiero decir sobre el error, el engaño, el disimulo, el deslumbramiento y la obcecación voluntaria, y si por otra parte la forma grande de la vida se hubiese mostrado siempre realmente del lado de los más incuestionables "*politropo*" [astutos]. Un propósito semejante pudiera ser tal vez, interpretándolo suavemente, una quijotada, o una pequeña exaltación disparatada. Pero pudiera ser además algo peor, acaso un principio destructor antivital. .«Voluntad de verdad» -esto pudiera ser una oculta voluntad de muerte-. De este modo la pregunta ¿para qué ciencia? nos lleva de nuevo al

problema moral: *¿para qué moral en general, si la vida, la naturaleza y la historia son «amorales»?* No cabe duda que quien es sincero, en aquel sentido último y atrevido que presupone la fe en la ciencia, *afirma al mismo tiempo un mundo distinto del de la vida*, de la naturaleza y de la historia. Y por el hecho de afirmar ese «otro mundo» ¿no tiene que negar, precisamente por esto, su correlato, este mundo, *nuestro mundo?*..

TEXTO 4

Nosotros no sentimos ya la amargura y la pasión del hombre aislado, que se ve forzado a prestar su incredulidad a su propio uso, para hacer de ella una fe, un fin, un martirio. A costa de sufrimientos, que nos han hecho fríos y duros, hemos adquirido la convicción de que los acontecimientos del mundo no tienen nada de divinos, ni siquiera de racionales, según las miserias humanas, nada de compasivo ni justo; lo sabemos: el mundo en que moramos carece de Dios, es inmoral, «inhumano»; demasiado largo tiempo le hemos dado una interpretación falsa y mentirosa, adecuada a nuestros deseos y a nuestra voluntad de veneración, es decir, conforme a una «necesidad».

TEXTO 5

Este extravío ha encontrado su última expresión en el pesimismo moderno, una expresión más antigua y más fuerte en la doctrina de Buda; pero el cristianismo también está repleto de pesimismo; en él se muestra de una manera más dudosa y equívoca, pero más seductora por esto mismo. Toda esta actitud del «hombre contra el mundo», del hombre principio «negador del mundo», del hombre como medida de todas las cosas, como juez del universo que termina por poner su existencia misma en la balanza y encontrada demasiado ligera; el monstruoso mal gusto de esta actitud se ha hecho luz en nuestra conciencia, y no sentimos ya por ella sino repugnancia; nos echamos a reír cuando encontramos «el hombre y el mundo», colocados uno al lado del otro, separados por la sublime presunción de la conjunción «y».